

LUIS C. FUENTEALBA WEBER

DURKHEIM Y LA OBJETIVIDAD EN LA SOCIOLOGIA

HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

EL EXAMEN atento del camino que hubo de recorrer la reflexión social hasta dar origen a la sociología nos revela una semejanza indiscutible con la trayectoria que ha seguido el pensamiento en su afán de constituir los distintos sistemas científicos.

Al alejarnos en el tiempo, retrocediendo más y más en el pasado, se advierte que el hombre de las diversas culturas primitivas era un ser que vivía y se desarrollaba entre los fenómenos en una forma habitual, casi automática, de tal manera que su mundo se le presentaba como algo propio y conocido, como algo que no necesitaba de mayor explicación. Es éste, por lo demás, el mismo punto de vista del hombre corriente que cada uno somos, cuando realizamos las llamadas actividades prácticas. No obstante ciertos hechos que parecían escapar a lo común o lo normal, o que le eran manifiestamente hostiles, los interpretaba desde el ángulo de la religión o de la magia.

En la mente ingenua del hombre prefilosófico y precientífico no se ha hecho una separación entre el sujeto y el objeto, aun cuando tenga conciencia de esta oposición. Tal vez, justamente por esto, cree que aprehende las cosas percibidas como objetos que tienen existencia fuera de su yo. La fisiología, la física y especialmente la psicología han enseñado que esta captación es siempre subjetiva. No es necesario insistir que esta aprehensión subjetiva del mundo circundante obedece, en forma manifiesta, a la influencia del espíritu del grupo al cual se pertenece. En general se mira, se oye y se piensa en conformidad a las ideas, a los juicios, a los valores o a las sugerencias colectivas de la sociedad, imperantes en un momento histórico determinado.

Es el filósofo, primero, y el hombre de ciencia, después, quienes logran distinguir claramente al objeto pensado del sujeto que piensa. En el instante

en que el hombre hace esta separación, está dando también el primer paso por la ruta que le ha de conducir hasta la ciencia. La diferenciación de objeto y sujeto se fue preparando por la distinción que se hizo entre mundo exterior y mundo interior. Aquello que se capta a través de los órganos sensoriales pasó a ser el mundo de "afuera"; lo captado constituyó el mundo de "adentro". Sin que exista la intención de incurrir en meditaciones que apunten a la realidad misma de cada uno de estos dos mundos —asunto que compete a la metafísica— es conveniente dejar sentado que todo lo que se capta o aprehende en la conciencia individual es de naturaleza mental y que, por lo tanto, nada es dado al hombre en su prístina realidad exterior. Esta comprobación no significa que, en la mente individual, se identifiquen los datos obtenidos como provenientes de los órganos sensoriales con las construcciones psíquicas de origen estrictamente subjetivo o centripeto.

Tal vez la dependencia vital o fáctica del hombre con respecto a los hechos que se denominan físicos, hizo que el intento de conocer se orientase, en sus comienzos, hacia la investigación de esta clase de fenómenos. Física y química, en la misma forma que el resto de las ciencias, quedaron establecidas como sistemas en cuanto el hombre llegó a estatuir relaciones válidas entre lo que construía su mente y lo que ocurría en la realidad externa. Esto significaba que, junto con hacer una distinción precisa entre el objeto que se ha de conocer y el sujeto cognoscente, empleaba métodos y técnicas metodológicas adecuadas que tenían la virtud de asegurar que aquello que se elaboraba racionalmente, convenía a los hechos. Los criterios de objetividad y de verificación quedaron con esto establecidos rigurosamente.

Los términos objeto y sujeto, que constituyen una relación irreversible dentro del conocimiento, definieron, de esta manera, campos bien delimitados. Sujeto: lo que se identifica con el ser-hombre; lo que obedece a cualidades inherentes a su propia naturaleza; lo que es construcción de la mente, sin que esté necesariamente condicionado a confirmaciones por parte de los objetos. Objeto: lo que se opone al sujeto; lo que se enfrenta a éste como término opuesto y que quizás es independiente de él; lo que es aparentemente estático; lo que suele denominarse: no-yo.

Filosofía y ciencia tratan de coger las propiedades del objeto y de explicarlo. Para ello el sujeto se abre ante el objeto para asirlo. El filósofo hace predominar, en esta aprehensión, el ser-sujeto con respecto al ser-objeto. Su naturaleza íntima le impele, en una especie de comunión e identificación con el objeto, a encontrar la realidad última que armonice con su manera de ser personalísima. En este acto primero, en que se borran las fronteras

del yo y del no-yo, coge lo que considera las características propias y esenciales del objeto (recuérdese que él también está incluido entre los objetos). Esta captación, acaso inefable, por ser comunión e identificación entre el yo y el no-yo, le da la totalidad del ser. Por eso constituye para el pensador un conocimiento primero y último a partir del cual toda realidad es susceptible de ser explicada.

El hombre de ciencia, en su interés de alcanzar la verdad, deja que la imaginación creadora, controlada por la razón forme, a base del objeto y en razón a un control severo y constante de éste, esquemas que deben corresponder a las características del objeto. De esta manera pasan a ser los hechos los que adquieren plena vigencia. El camino de las disciplinas científicas no es otra cosa que el esfuerzo incesante de adecuar cada vez más las construcciones del espíritu a la realidad objetiva; de corregir una y otra vez lo "sabido" en función del "fenómeno que se percibe". La correspondencia entre estos dos sectores queda asegurada por la posibilidad que el hombre tiene de formular anticipaciones válidas con respecto a los hechos. Así mirada, la objetividad de las ciencias consiste en un doble proceso: es un abrirse y un volcarse del sujeto hacia el objeto y es un control permanente de lo que aquél elabora a partir de los fenómenos.

Sin embargo, la distinción entre la filosofía y la ciencia no es tan tajante como pudiera creerse. La realidad que el filósofo trata de coger en su esencia última, tal cual ésta es y que suele descansar generalmente en una intuición, le sirve de base para buscar, en seguida, objetivamente la verdad. El predominio subjetivo en el campo de la filosofía es sólo un comienzo para una explicación posterior. Toda elaboración y análisis subsecuentes —válidos, por cierto, a partir de dicha intuición— toman las características de la objetividad. La filosofía muestra así un momento fundamentalmente subjetivo seguido de otro que se acerca indiscutiblemente a la objetividad. Es este último momento el que aproxima la faena filosófica a la labor científica. El antecedente lejano e inmediato de las ciencias particulares hay que buscarlo, por lo tanto, en el quehacer filosófico que les fue desbrozando el camino.

No otra cosa sucede con la sociología. Las fuentes remotas de esta ciencia deben buscarse en la filosofía. Son los sofistas, primero, y principalmente Platón, después, quienes descubren lo social. Largo sería hacer el recuento de las múltiples escuelas o de los diferentes pensadores que se preocuparon de la realidad social. Pero puede sostenerse que todos hacen un estudio objetivo de los hechos sociales en función de una intuición o con-

cepción filosófica primera que los explique y justifique. Desde luego hay excepciones; hay pensadores como Maquiavelo, que pretenden estudiar objetivamente el acontecer social. Sin embargo, no puede decirse que hayan hecho ciencia, pues colocaron el acento de la investigación o en fines prácticos que eliminan la objetividad o aprehenden inconscientemente la realidad a través de ideas sustentadas por escuelas anteriores o por nuevas ideas dominantes en su tiempo.

Es Comte, quien por primera vez y resumiendo los pensamientos imperantes de su época pretende hacer del estudio de lo social una investigación objetiva. Varias fueron las razones por las cuales no lo consiguió. Entre éstas hay que destacar que no supo o no pudo abstraerse a la intuición primera de índole filosófica, de acuerdo con la cual ordenó e interpretó el acontecer. Además subordinó el conocimiento científico a las aplicaciones.

El fruto del positivismo, vale decir, la sociología como ciencia, es el esfuerzo de Durkheim con su voluminosa obra y, quizás, en forma no menos efectiva, con su labor docente.

La empresa que acomete Emilio Durkheim encierra una doble tarea: debía establecer el sector de los hechos que habrían de ser estudiados por la sociología; y debía, por otra parte, garantizar tanto la objetividad de la indagación como la seguridad de los resultados obtenidos. Era, por lo demás, el mismo problema que, con anterioridad, habían tenido que resolver los pensadores para dar origen a otras ciencias de la naturaleza. Durkheim tenía que mostrar que existía un ámbito de la realidad fenoménica: el de los hechos sociales, y que este sector no era examinado científicamente por ninguna disciplina. Pero debía mostrar, además, que tal grupo de fenómenos puede y ha de ser enfocado por procedimientos que garanticen la validez objetiva de los conocimientos por ellos adquiridos. La solución que le dio a este problema, tanto desde el punto de vista de la fundamentación teórica, como también a través de las numerosas investigaciones que hace de los hechos sociales, es la que dio principio e impulso a la ciencia que se conoce como "sociología".

La determinación de los hechos sociales como el campo propio de una ciencia exigía realizar una separación cuidadosa de cualquier otra disciplina afín. Esto era tanto más necesario, cuanto que cualquier ciencia sólo es el resultado de una investigación metodológica racional de la realidad hecha desde un ángulo determinado y que, por lo tanto, el mismo sector puede ser enfocado desde puntos de vista diferentes. La realidad que preocupa a la sociología es el hombre. Pero también la psicología y la filosofía

le habían hecho objeto de estudios y de reflexiones. De aquí que la tarea de Durkheim se circunscribiese, en lo que se refiere a los deslindes de la sociología, a distinguir el objeto de esta ciencia, tanto del objeto de la psicología, como del de la filosofía.

El punto de partida para esta delimitación se descubre en la proposición ya tan conocida: "Los hechos sociales deben ser tratados como cosas". Esta afirmación, tal como lo hace notar explícitamente, no tiene nada que ver con los valores, esto es, prescindencia completa de cualquier juicio de valor. Simplemente significa asentar que el hecho social tiene existencia y posee, por lo tanto, la realidad propia de los fenómenos.

Pero cuando Durkheim emplea el término "cosa" —que correctamente no identifica con el término objeto— establece no sólo que hay un campo propio de la sociología y que este campo es exterior al individuo; es decir, que se opone a éste como el objeto al sujeto, sino que además deja sentado que este sector queda excluido de la explicación psicológica o filosófica.

Cierto es que el conocimiento sociológico implica un nexo entre el hombre-sujeto y el hombre-objeto. Pero esta relación marca, al mismo tiempo, la diferenciación que hay entre el hombre como sujeto que ha de estudiar al hombre como objeto. La estructura y la configuración del hecho social le es ajena y trascendente en cuanto a objeto conocido. El fenómeno social no sólo le es trascendente al investigador, sino que además es una "cosa" que tiene, por este motivo, las características de lo exterior, de lo que no es, en modo alguno, producto de la mente, de la conciencia del individuo. Más todavía, se le impone con fuerza coercitiva al hombre. Esta exterioridad de lo social con respecto a la conciencia individual significa que lo que es dado en el grupo como instituido por éste, en ningún caso se forma o se constituye como el resultado de una elaboración propia, íntima, subjetiva de la conciencia. Se nota claramente el esfuerzo de descartar el hecho social de la interpretación psicológica y de evitar el uso del método introspectivo en el conocimiento de la realidad de los fenómenos sociales. Tal intención está tanto más justificada, cuanto que podría parecer que lo social, que está dado en la conciencia como una representación es, por esta razón, un fenómeno psíquico y que puede ser conocido por introspección. No es que Durkheim desconozca la presencia de un substrato típicamente espiritual en los fenómenos sociales. ni que tampoco le niegue la importancia al proceder introspectivo como comienzo de la aprehensión mental, pero quiere dejar constancia que, aun cuando lo social está dado en la conciencia co-

mo una representación, no puede ni debe confundirse con lo mental. Y que si la introspección pone de relieve la existencia de lo que se llama "fenómenos sociales", no los explica, ni es capaz tampoco de encontrar el "cómo" y el "por qué" se dan en la conciencia de cada integrante del grupo.

Una vez que ha mostrado que existe el objeto social, la cosa, la "institución" como algo diferente al sujeto que la investiga y que además ha excluido del ámbito social a la psicología, se preocupa de separar a la sociología de la filosofía. La sociología, si quiere ser ciencia, debe evitar cuidadosamente todo propósito de llegar hasta la cosa en sí. El sociólogo no debe interesarse en averiguar cuál es la estructura última, la esencia misma de la realidad social. Se ha de contentar con establecer que ésta es y enfocarla tal como es dada. Debe estar compenetrado de que ella representa un algo desconocido, una X que se ignora y cuyo conocimiento sólo es posible mediante el empleo del método científico.

Fácil es advertir que este planteamiento de Durkheim cae dentro de la problemática de la filosofía. No podría discutirse que toda afirmación que se refiere a la existencia de objetos exteriores a la conciencia, es adoptar una posición metafísica. Pero también es propio de la filosofía preocuparse de limitar el objeto de una ciencia, viendo cuáles son sus características y analizando la fundamentación y validez de los procedimientos que se han de emplear para conocerlo. Este es un contacto inevitable de la ciencia con la filosofía, contacto que el auténtico hombre de ciencia no puede eludir en alguna etapa de la vida. Mientras atiende a la investigación está haciendo ciencia. Mas, en el instante en el cual se detiene para observar los fundamentos de su disciplina o para indicar cuáles son las propiedades que definen al sector de la realidad que le interesa, está haciendo filosofía.

La cuidadosa distinción que Durkheim ha hecho de la sociología con respecto a la psicología y a la filosofía lleva a la conclusión natural de que existe un sector bien determinado dentro de la realidad fenoménica, que necesita explicarse; que hay un grupo de fenómenos diferentes denominados sociales, que justifican la investigación científica y la existencia de la disciplina llamada sociología.

La ciencia, que es a la vez dinámica y estática, exige para levantarse como sistema, de procedimientos de investigación adecuados a su objeto. Por eso las consideraciones anteriores no bastaban para constituir el quehacer científico propio de la sociología. Era necesario contar con el método que permitiese descubrir las relaciones constantes entre los fenómenos so-

ciales. Se debía adaptar el procedimiento científico a los hechos sociales de tal manera que fuese posible describirlos y explicarlos. Ya Comte, y antes que él, Diderot, Helvetius, Holbach, Tracy, Cabanis, Saint-Simon y, posteriormente, Lester Ward, entre otros, habían tratado de hacer del conocimiento de lo social una ciencia, pero habían fracasado; no tanto, porque no supieran de la existencia de los hechos sociales como un sector separado del resto del acontecer fenoménico, sino porque, a pesar de intuirlo, no habían logrado aplicar al fenómeno social el método científico. A la objetividad del fenómeno debe corresponder el método que respete esta objetividad. He aquí de dónde surge el fracaso de los pensadores anteriores a Durkheim. Se deslizaba en su inquirir un aspecto netamente práctico, teñido y determinado por nociones "a priori" que traducían posiciones filosóficas. La lección de la historia de las ciencias advertida por Francisco Bacon, que la naturaleza se modifica y se domina exclusivamente cuando se la conoce, no había sido aprovechada para lo social. Va a ser Durkheim quien establezca, no tanto el objeto de la sociología —en cierto modo ya había sido descubierto por los filósofos—, sino la manera, el cómo proceder para conocerlos; esto es, "La investigación objetiva del fenómeno social". Tanta importancia tiene el método, que son numerosos los pensadores que han afirmado que la ciencia no pasa de ser la aplicación del método científico a la realidad. Desde luego esta afirmación puede estimarse como exagerada; sin embargo, no es posible negar que no basta con la presencia del objeto para que haya ciencia, si no existe al mismo tiempo el procedimiento apropiado que le permita al investigador conocerlo.

Para que la indagación sea objetiva es previo que el hombre de ciencia se desprenda de los factores o intereses subjetivos, especialmente de aquellos que afinan en lo práctico. El fin de las ciencias es teórico, vale decir, su intención es conocer, alcanzar la verdad. Lo que no significa, en modo alguno, desconocer la posibilidad de su aplicación. Más aún, la ciencia no debe medirse exclusivamente por el avance en el descubrimiento de la verdad, sino también por la facilidad que ofrece para solucionar los problemas que surgen en el curso de la vida humana. Pero no obstante carecerá de objetividad, de auténtico valer, si su fin está condicionado por lo práctico y se deja llevar por un simple afán de ayudar al hombre a ser o a vivir mejor. Pues, lo "mejor" o lo "más conveniente" encierran un acentuado carácter valorativo, una toma de posición que es justamente la negación de la ciencia, ya que el objeto estudiado queda sometido al dominio de lo subjetivo. Es decir, por consideraciones valorativas. La objetividad de la socio-

logía no está asegurada, a menos que en la explicación, la observación o la descripción de los hechos sociales se excluyan los intereses prácticos. La ciencia, cualquiera que ella sea, es, a la vez, la finalización y la superación de la etapa del "para qué". Al investigador científico le preocupa la busca del "por qué"; quiere interpretar los hechos, pero esta interpretación sólo será válida en cuanto la realice en función de otros hechos de la misma especie.

Durkheim, cuyos conocimientos de la filosofía descansaban en estudios serios y profundos en una época en que el pensamiento filosófico de Francia florecía en forma magnífica, tiene plena conciencia de lo que debe ser la labor científica. Sabe que en ella no caben ni las preconcepciones filosóficas, ni las ideas preconcebidas de índole práctica. Sabe también que es necesario el procedimiento que garantice la objetividad durante la investigación. Esto justifica su preocupación por el método que se advierte en toda su vasta labor, especialmente en la "División del trabajo social" y en "Las reglas del método sociológico". De aquí también su afán de que la observación de los hechos sociales sea realizada como una observación de cosas. Esto es, como apunta Harry Alpert¹, "una incógnita que debe resolverse", lo que implica la necesidad de desprenderse no sólo de toda idea preconcebida, sino que significa también un volcarse del investigador hacia el hecho y forjar, a base de él, proposiciones válidas. En una palabra, lo que importa es hacer ciencia. Ciencia que pretende desentrañar la naturaleza fenoménica social; que quiere llegar al descubrimiento de las características de los objetos, de las "cosas".

Las precauciones que toma Durkheim para escapar, durante la investigación, del terreno filosófico, se encuentran en la siguiente regla: "No tomar jamás por objeto de investigación sino un grupo de fenómenos previamente definidos por ciertos caracteres exteriores que les sean comunes, y comprender en la misma investigación todos los que responden a esta definición". Tiene la certeza de que es fácil pasar por una inducción o por una intuición de hechos tomados al azar a generalizaciones o ideas que no pueden ser verificadas de ninguna manera, por cuanto sobrepasan a la realidad fenoménica y llevan entonces al terreno de la filosofía. Mas esta regla tiene todavía un sentido más profundo. La definición de un grupo de fenómenos, cualquiera que él sea, permite aquellas generalizaciones, cuyo control o verificación por los hechos puede esperarse, por cuanto, al reunir

¹"Durkheim", Fondo de Cultura Económica, pág. 99, ed. 1945.

grupos homogéneos o semejantes, existe la posibilidad de alcanzar el conocimiento a través del método científico. En el fondo esta regla representa la exigencia fundamental de cualquier hipótesis científica: que sea verificable y positiva; y, dentro de la sociología, la única probabilidad de no caer en la vaguedad, en el vacío y acaso en el diletantismo. La descripción, la comparación, el control, la verificación y la explicación de los fenómenos sociales surgen como consecuencias naturales de hipótesis que se refieran exclusivamente a sectores definidos de hechos por propiedades comunes y sin que, en momento alguno, se pretenda sobrepasar la realidad fenoménica.

Pero esta regla indica también un tácito reconocimiento de la aceptación del principio de causalidad; acaso tal vez sería mejor apuntar, del principio del determinismo universal. De hecho implica que existe o ha de existir una relación constante entre los caracteres exteriores y los caracteres que se ha dado en llamar esenciales. Pues, si encontramos que un grupo de fenómenos tiene siempre los mismos caracteres, tendremos que convenir —a menos de negar el principio del determinismo universal— que están relacionados con propiedades naturales más profundas. No otro es el pensamiento de Durkheim. Hemos preferido hablar de determinismo en vez de principio de causalidad, por cuanto, a pesar de que Durkheim habla repetidamente de causalidad y de relación mecánica, no se refiere a una secuencia mecánica en el sentido que se puede encontrar en los fenómenos físico-químicos, sino más bien como nexos entre conjuntos de causas que se presentan en forma ideal o espiritual y que se influyen recíprocamente. Estas causas o antecedentes se encuentran siempre que aparezcan ciertas condiciones sociales dadas.² Es decir, las relaciones o correlaciones que se observan en los fenómenos sociales y cuyo descubrimiento constituye el fin de la búsqueda científica, ocurren de una manera un tanto distinta, si se comparan con los hechos de la realidad fenoménica físico-química. No es que no estén sometidos al principio de causalidad, sino que su interpretación debe hacerse desde un ángulo diverso. No obstante, hay ocasiones en las cuales Durkheim emplea la explicación causal en el sentido físico-químico, por ejemplo, en "El suicidio". Por lo demás, dentro de ciertos límites, el principio de causalidad encuentra su fundamentación en una posición que se acerca sensiblemente al principio del determinismo universal.

Al afán de objetividad, de abrirse a la "cosa" acentúa marcadamente la importancia del objeto en la relación sujeto-objeto. En efecto, este tenderse hacia los hechos trae aparejado un aparente desconocimiento del otro tér-

²"Durkheim", Fondo de Cultura Económica, págs. 102 y sigts.

mino de la relación que se establece al conocer: el investigador. Ciertamente es que en el conocimiento hay una actitud de captación por parte del sujeto cognoscente, una especie de aparente pasividad; mas, en último término, tal pasividad se convierte en una construcción y una creación en la mente del sujeto cognoscente. Durkheim también lo reconoce tácitamente. En la aprehensión de un carácter exterior que ha de servir para definir al grupo de fenómenos sociales que se van a estudiar, ha debido intervenir la función analítica y seleccionadora de la razón. Más todavía, una definición —como la que propone Durkheim— de hecho exige una clasificación previa; clasificación que puede ser todo lo artificial que se quiera, pero que necesariamente descansa en una labor de observación, de descripción, de análisis. Esto es, una actividad elaboradora por parte del investigador.

Podría quizás creerse que las definiciones que Durkheim hace de los fenómenos para estudiarlos, surgirían de una intuición primera y tendrían el carácter de una hipótesis de trabajo. Sin embargo, este punto de vista, necesario y útil dentro de la investigación científica, no es el que adopta en ninguno de sus estudios. No es difícil observar que las definiciones que da Durkheim de los hechos o de los fenómenos que investiga, no experimentan cambios ni durante el curso de la indagación, ni al final de ella. La confrontación empírica de las definiciones, que sirven como pautas para realizar el estudio, con los hechos no las hacen variar. Más que hipótesis de trabajo dan la impresión de definiciones de tipo matemático. Esta crítica de la cual ha sido objeto la obra de Durkheim, no puede ser desestimada.

Si los hechos sociales son cosas, al igual que son cosas los fenómenos astronómicos, físicos o biológicos, indiscutiblemente el punto de partida de la investigación ha de ser la observación realizada al través de las percepciones. ¿Pero no significa esto, acaso, estar sometido a lo psicológico y, por ende, a lo subjetivo? Téngase presente que la percepción es una función mental en la que predominan una serie de factores mentales. La solución para alcanzar la objetividad de Durkheim, tal como ocurre en las ciencias naturales, se apoya en la acentuación de todo aquello que marca un predominio del objeto. Al colocar el acento en el factor objeto, sin cuidarse mayormente del sujeto, procede, de la misma manera que lo han hecho las demás ciencias naturales. Tal posición se justifica, pues, en la relación sujeto-objeto —dentro del conocimiento— toda acentuación de un término repercute en el otro y viceversa. Si se hace predominar el objeto, los mé-

todos que emplea el investigador tendrán que ser objetivos. Afirma Durkheim que la representación será objetiva siempre que ella se separe de los hechos individuales a través de los cuales se manifiesta.

Es indiscutible que en el fluir de los fenómenos, en su incesante llegar a ser, no se puede basar la ciencia. La ciencia exige unidad y permanencia. Ya desde el tiempo de Sócrates y de Platón se sabía que el conocimiento necesita una reducción de lo múltiple a lo uno, del cambio a lo que permanece. El problema reside no en el objeto, sino en la aprehensión subjetiva de éste por el científico. El objeto es y deviene como cosa singular. El saber científico supera lo singular por medio de la generalización. La ley no indica conexiones de hecho a hecho en cada una de las circunstancias especiales. La ley es relación de hechos dentro de ciertas condiciones que se podrían llamar ideales: es una generalización que excluye el caso aislado. Esta reflexión conduce a la consecuencia de que la objetividad depende de la actitud del sujeto, especialmente del camino que éste sigue en la persecución de la verdad. Aun cuando Durkheim no se detiene a indicar, en particular, la ruta para alcanzar la objetividad, por lo menos apunta indirectamente a ella. "Es así como el físico substituye las vagas impresiones que producen la temperatura o la electricidad, por la representación visual de las oscilaciones del termómetro o del electrómetro. El sociólogo está obligado a tomar las mismas precauciones" (Reglas del método sociológico). La ciencia nace, progresa y se independiza en función de representaciones susceptibles de ser controladas por los distintos investigadores. Tales representaciones sólo son posibles siempre que la elaboración subjetiva no pierda el contacto con el objeto y que existan medios adecuados para indicar o registrar con exactitud los fenómenos. Esto explica la necesidad de los instrumentos, especialmente los de medición, propios de las ciencias físico-químicas. La sociología también ha buscado y sigue buscando artificios de medición, instrumentos que garanticen y aseguren la exclusión de los factores subjetivos que pudiesen introducirse por intermedio de la percepción.

El progreso que ha experimentado la sociología se debe principalmente a la indicación de cómo se ha de proceder para lograr no sólo la generalidad, sino también para alcanzar la etapa final a la que aspira toda ciencia: la explicación. Para lograrla la sociología difícilmente puede hacer uso de la experimentación, a pesar de que se han realizado experiencias de laboratorio por L. F. Carter³; las experiencias de Sherif en campamen-

³"Leadership and small-group behavior", in SH erif and Wilson, 1953.

tos de veraneo en los años 1949, 1953 y 1954; las de Schachter⁴ y de Emerson.⁵ El método propio de la sociología es la comparación, cuyos precursores habría que buscar principalmente en J. Démeunier y P. Lafitau. Ya Spencer se había servido de este procedimiento. Desafortunadamente lo empleó más bien como un razonamiento de tipo analógico, en que se buscaba por comparación semejanzas entre distintos sectores de la realidad. Durkheim sabe que la comparación sólo está justificada en sociología, siempre que se la aplique dentro del sector de la realidad social. Más todavía, que ella alcanza plena vigencia únicamente en el caso en que se comparen hechos semejantes en fases de desarrollo iguales.

El comenzar de la sociología fue el de una ciencia de observación. Aun cuando la observación de lo social no se efectúa en las condiciones propias de la botánica o de la astronomía, conduce también a clasificaciones. Se ha discutido el carácter explicativo de las clasificaciones; pero una cosa es cierta, no puede desconocerse que el incluir un fenómeno cualquiera en tal o cual género, es una manera de explicarlo. Desde luego este tipo de explicación no está al mismo nivel que aquel que pueden dar las leyes naturales. Por esto Durkheim quiere llegar a la ley científica. La constitución de las diversas clases de fenómenos sociales sólo debe servir de antecedente para el descubrimiento de la ley. Cabe advertir que con esto se evita toda intromisión de una posible explicación filosófica, psicológica o práctica. La ley científica, que no es sino la expresión de los nexos constantes que hay entre los fenómenos, excluye de hecho explicaciones ajenas a los fenómenos que se relacionan. Como el sector del cual se trata es el social, las relaciones constantes serán entre fenómenos sociales y consecuentemente la interpretación del hombre de ciencias, en este caso el sociólogo, tendrá que hacerse únicamente a base de los fenómenos sociales. Esta posición de Durkheim, y que es también la de la sociología científica actual, exige perentoriamente que, cuando se expliquen los fenómenos sociales, se evite cualquier intento de hacerlo desde ángulos que no sean sociales.

Tal como se ha manifestado a través de este ensayo, Durkheim tiene la intención de obtener que la sociología sea realmente objetiva y sea, por lo tanto, realmente una ciencia. Acaso pueda objetarse que concede demasiada importancia a aquellos elementos que ponen de relieve al objeto y que postergan al sujeto que investiga. Tal punto de vista no corresponde exacta-

⁴"Deviation, Rejection and Communication". *J. abn. soc. Psych.*, 46, 1951,

⁵"Deviation and Rejection". *Sociol. Revue.*, 19, 1954.

mente a la realidad. Aun cuando hace resaltar, en primer término, siempre al fenómeno —posición que está justificada por cuanto la ciencia tiene que proceder de esta manera— no descuida al investigador. Todo el análisis que emprende en torno a la definición, al método comparativo; la exigencia de que la explicación de lo social descansa en el principio del determinismo universal tiene que ver directamente con el sujeto. Téngase presente que quien define, compara e interpreta, es el hombre de ciencias.

Por otra parte, si se observa la ubicación de Durkheim en el momento histórico-científico, habrá que convenir que el autor de "El suicidio" no podía proceder de otra manera para que el estudio de los hechos sociales constituyese efectivamente una ciencia. La sociología, proclamada como tal por Comte y desarrollada como que si fuera ciencia por Spencer y Ward, no había abandonado su trayectoria de disciplina filosófica, a pesar de los buenos deseos y los serios propósitos de estos pensadores. El exagerado afán retórico literario incluía, dentro de la así llamada sociología de aquel entonces, cualquiera reflexión especulativa acerca de los más variados fenómenos sociales. La belleza de la forma, la brillantez de la expresión sustituían a la depuración rígida de la labor científica. Las ideas globales preñadas de un subjetivismo filosófico y forjadas corrientemente a base de intuiciones reemplazaban al arduo proceso constructivo que comienza con la búsqueda paciente de las propiedades que caracterizan a los hechos. Era una mezcla de filosofía, de consideraciones políticas, de intentos prácticos, pero no había allí la menor huella del lento caminar gris de una ciencia. Durkheim se da claramente cuenta de esta situación y quiere conquistar para ella el proceder propio de una disciplina científica. Esta es la razón del cambio total que introduce en el conocimiento y en la explicación de los hechos propios de este campo. Ahí se puede encontrar el porqué de su lucha contra todo aquello que signifique prenoción, subjetivismo. Sólo así es posible entender ese afán de objetividad cruda y exagerada, a veces, pero que fue necesario tal como lo ha probado la evolución posterior de esta ciencia.

Puede afirmarse justicieramente que si fue Comte quien inventó el neologismo "sociología" para una disciplina que estudiase las sociedades y sus hechos, fue Durkheim quien logró darle los medios para hacer de ella una ciencia.